

El café a medias

Hoy no estoy, hace tiempo que ya no, pero en este día los demás comenzarán a notarlo. Son las cinco y media de la mañana y mi cama pierde suavemente el calor que mi cuerpo dejó. Me intriga saber cómo será todo dentro de unas horas, cuando me visiten y ya no me encuentren. Creo que en ese instante sabré si lo hice en el momento adecuado.

Ya no estoy y esa amargura que palpa mi lengua me hace recordar los viejos sabores. Ella llega con su prolijo uniforme y su olor aséptico, sabe que es inútil buscarme, reconoce la ausencia y no es por conocerme sino por simple experiencia. Llama velozmente, casi emocionada por salir de la rutina, a mi madre para darle la noticia, sin embargo no se anima y envuelta en una suave manta de empatía disimula la vivacidad que le produjo la repentina sorpresa. Pero el llamado ya está hecho y al cabo de unos minutos mi mamá está en la puerta con su café a medio tomar. No hace falta ninguna palabra, desde lejos nota mi ausencia, se acerca a la cama y toca la fina tela que aún guarda mi aroma. Sin derramar una sola lágrima retrocede hasta el marco de la puerta, bebe un sorbo de su amarga bebida como acostumbra hacer. Aunque este día no será como ella había pensado, no respetará su monótona rutina.

Sé de sobra que siente culpa de pensar que ahora comienza su vida, lo acepto: era una auténtica pesadilla convivir conmigo. Durante tantos años, no hice nada de lo que pudiera estar orgullosa, simplemente pasaba los días mirando las marcas de humedad que se formaban en el techo de mi pieza invierno tras invierno, con la mirada perdida; inerte a pesar de mis inútiles ganas de moverme y de volver a soñar.

Han pasado un par de horas de mi partida y comienzan a llegar personas de las que nunca pude recordar el nombre, ni el parentesco. Todas ellas, con su mejor cara de lamento y el más

innovador pésame en la punta de sus envenenadas lenguas; todas, excepto una. A ella sí, la voy a extrañar. Tiene noventa y tres años, es ciega, y de aspecto tenebroso. Fue la única que no llevó flores, sabiendo que soy absolutamente alérgica a ellas. Esa mujer sí me conoció. Quién sabe, quizás la visite dentro de poco.

A mi madre la invaden con un torbellino de sonrisas tóxicas y frases de apoyo que repiten las serpientes en cada velorio. Ella, cansada de todo, hace su último esfuerzo y se toma la fastidiosa tarea de seguir con el protocolo, el cual estaba anunciado desde el día uno de esta pesadilla.

Cuando la sala queda libre de las falsas voces, mi mamá se desmorona sin ver siquiera el ataúd que lleva mi cuerpo, no emite una sola palabra. Llora y lo hace por horas, quitándose así años de falsas esperanzas nutridas por médicos demasiado optimistas. Lentamente el sol empieza a brotar de entre las nubes y mi madre a renacer con los suaves rayos que cruzan tímidamente las espesas cortinas.

Y si se preguntan por mí, les puedo decir que simplemente me cansé de vivir sin vivir y ahora sé que ella puede ser feliz sabiendo que la que se dio por vencida fui yo.

Ana López Alessandra